

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Eike von Savigny, *Analytische Philosophie*, Freiburg, Karl Alber, 1970. Versión castellana de Ernesto Garzón Valdés, *Filosofía analítica*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1974, 170 pp.

Eike von Savigny (n. 1941) es docente en la Universidad de München y pertenece al grupo de lógicos y filósofos del seminario que dirige en dicha Universidad el profesor Wolfgang Stegmüller. Ya en su libro *Die Philosophie der normalen Sprache* (1969), se había ocupado ampliamente de las obras de Wittgenstein, Ryle y Austin, así como de las discusiones y métodos de la filosofía del lenguaje ordinario. En ese texto había apuntado que la filosofía analítica podía dividirse, siguiendo a Bergmann, en filosofía del lenguaje ideal y filosofía del lenguaje ordinario. En la obra que se reseña se presentan las tesis básicas de los exponentes más importantes de la filosofía analítica, pero ahora se confrontan además las dos "formas de trabajo" a través de sus resultados en problemas comunes.

El primer capítulo se divide en dos partes. En la primera se ofrece una caracterización general de la actitud analítica, tomando como figura representativa a G. E. Moore, el cual según el autor no puede clasificarse claramente en ninguna de las dos tendencias. La actitud y carácter personal de Moore expresan perfectamente el estilo de la filosofía analítica surgida como una reacción contra la filosofía especulativa. Su modestia y sencillez le impedían, por una parte, la construcción de grandes sistemas filosóficos y el abandono del sentido común; meticuloso e inquisitivo se esforzaba, por otra parte, por desarrollar un método riguroso de análisis. Savigny advierte que ya en Moore se presenta dentro del término análisis la oscilación entre el análisis empírico y el lógico-lingüístico que es común a la tradición analítica.

En la segunda parte se describe el resultado más influyente de Moore y el que más ha resistido la crítica: la falacia naturalista. A partir de él se explicita el desarrollo de las discusiones fundamentales en la Ética, pasando por Stevenson, Toulmin, Hare y Baier. En esta exposición se pone de manifiesto como la discusión de los supuestos de cada uno de estos autores ha ido produciendo modelos alternativos para la comprensión de la moralidad.

El segundo capítulo, consagrado a la filosofía del lenguaje formal, dedica una sección a cada uno de los filósofos más importantes

en esta tendencia: Russell, Wittgenstein y Carnap. Con respecto a Russell enfatiza Savigny como, el lado de su posición académica, "es el único filósofo de esta corriente que también se ha comprometido en las luchas sociales y políticas de la vida práctica", afirmación que es hoy un tanto discutible si se piensa en Chomsky.

De sus investigaciones teóricas se destaca como punto de partida la "construcción lógica" en tanto procedimiento filosófico, el cual se ilustra reproduciendo los argumentos centrales de la teoría de las descripciones. Siguiendo esa línea se esboza su programa de la reducción de las matemáticas a la lógica, el problema de las paradojas dentro del mismo y la solución russelliana de la teoría de los tipos. En este contexto se caracterizan las direcciones logicista, intuicionista y formalista, haciendo notar que de todas formas en el campo de la filosofía de la matemática el trabajo de Russell mostró las indudables ventajas de los lenguajes formales. Dichas ventajas se conectan en Russell con su teoría empirista del significado, en la cual los datos de los sentidos ocupan un lugar fundamental. Savigny muestra como esos mismos datos le sirven como fundamento para su teoría del conocimiento. La construcción lógica y el empirismo se conjugan en una imagen del mundo neutral respecto a la controversia realismo-idealismo, constituyendo el 'monismo neutral'. De este modo, en unas cuantas páginas se presenta de manera unitaria la filosofía teórica de Bertrand Russell.

Una ardua tarea es, sin duda, caracterizar breve y sencillamente el *Tractatus Logico-Philosophicus*, obra básica de la primera época de Wittgenstein. Sin embargo, el autor lo hace con éxito, presentando con el mínimo de aparato lógico la tesis extensional del lenguaje y la tesis del espacio lógico. Con ellas explica una parte de la teoría del significado del *Tractatus*, la que corresponde a las proposiciones complejas. Para completarla se expone la *Bildtheorie* de las proposiciones elementales de una manera que, a la vez que es comprensible, no oculta sus complicaciones y profundidades. A lo largo de esta exposición se va presentando también la metafísica del *Tractatus*, para terminar con sus comentarios acerca de la ética, la estética, la religión y la filosofía. El lector quedará convencido de que es posible presentar concepciones filosóficas complicadas de un modo panorámico y no superficial, en el que además la conexión de los problemas puede seguirse fácilmente.

Esta tarea es aún más ardua en el caso de Carnap, cuyas aportaciones a la filosofía analítica son de un elevado carácter técnico y formal. El autor aprovecha esta sección para presentar al Círculo de Viena, aclarando sus 'ismos' más comunes: el positivismo, el empirismo, el fisicalismo, el fenomenalismo y el reduccionismo. A

continuación clasifica el campo de las investigaciones lingüísticas-sintaxis, semántica y pragmática—, haciendo notar cómo Carnap dedicó gran parte de su vida a investigar las propiedades de los lenguajes formales. Se explica que es la descripción sintáctica de un lenguaje, los conceptos lógicos centrales de la misma y su conexión con los conceptos semánticos tal y como aparecen en la obra de Carnap.

Un segundo ámbito en el que Carnap realizó trabajos decisivos fue el de la teoría de la lógica inductiva o de la probabilidad lógica. Savigny recuerda la distinción con la probabilidad estadística, hecha por primera vez claramente por Carnap, describiendo asimismo las líneas generales de su ambicioso programa para desarrollar un sistema de reglas de la inferencia inductiva válida.

Por último, como un problema común al Círculo de Viena, se aborda el tema del criterio de demarcación. En su desarrollo Savigny va mostrando las sucesivas dificultades que fueron presentándose en la formulación del criterio, en especial las señaladas por Karl Popper. Esta tarea condujo a un concepto más amplio de significación empírica, cuyo centro de gravedad se desplazaba de las propiedades de las proposiciones a las del “lenguaje empírico”. Estas investigaciones condujeron al problema del significado de los predicados y de los conceptos teóricos. En este punto el autor indica las críticas recientes contra la concepción de Carnap.

Aprovechando el cambio de postura de Carnap, Savigny expone la diferencia entre un lenguaje fenomenalista y un lenguaje fisicalista, insistiendo que no debe confundirse con un paso del positivismo al materialismo, sino que se trata de una elección entre dos lenguajes, basada en la utilidad teórica. La confusión es grave porque podría pensarse que se discute acerca de la apariencia del mundo, olvidándose la distinción entre el modo “formal” y el modo “material” de hablar, en la cual insistiera tanto Carnap para resolver antiguas polémicas filosóficas.

En el capítulo reservado para la filosofía del lenguaje ordinario se pasa revista primero a las tesis fundamentales de la segunda época de Wittgenstein, haciendo hincapié en la crítica a los presupuestos del *Tractatus*: exagerar la función descriptiva del lenguaje y el papel privilegiado de los nombres en la obtención del significado y en la construcción del lenguaje; la concepción del objeto como ‘absolutamente simple’ y su nombre como indefinible. Esta crítica lo llevó a rechazar la concepción de la superioridad de un lenguaje exacto, así como las exigencias que según Savigny estaban implícitas en ella. Para Wittgenstein la imagen detrás de la falsa concepción del lenguaje escondía una falsa idea de la noción de regla

y de lo que significa seguir una regla para entender el lenguaje (acertadamente menciona Savigny en la bibliografía la obra "El concepto del derecho" de Hart como muy instructiva respecto al cumplimiento y significado de las reglas). Para esto los conceptos de intención y comprensión deben ser revisados dado el lugar central que ocupan en la teoría del sentido de las expresiones lingüísticas de Wittgenstein, lo cual conduce a las conocidas cuestiones del lenguaje privado, de las sensaciones y, finalmente, su crítica de los pseudo-problemas filosóficos. Todos estos temas son elaborados con detenimiento en la sección más amplia dedicada a un filósofo.

El apartado que se ocupa de Ryle está centrado en las tesis de *Concept of Mind*, "uno de los libros más significativos del siglo xx" y el más influyente de esta corriente. Savigny había ya expuesto y criticado sus tesis en su libro anterior, en este su tratamiento es más limitado pero igualmente ilustrativo. Para presentar la crítica de Ryle al tradicional dogma del "fantasma en la máquina" como explicación de la relación cuerpo-mente, se introduce la teoría de los conceptos disposicionales, "considerada hoy como un ámbito parcial de la teoría de la ciencia" y las llamadas "leyes de manifestación". Recuerda aquí nuevamente la crítica de Carnap en el sentido de que aunque éstas ayudan a explicar el significado de los predicados disposicionales, no son suficientes para definirlos. Para Ryle la relación entre enunciados acerca del espíritu y enunciados acerca del comportamiento general es simplemente una relación entre disposiciones y manifestaciones. A lo largo de su obra intenta probar como pueden aclararse con este principio conceptos tales como inteligencia, querer, sentimiento, conciencia, etc., "mediante penosas investigaciones de detalle". En esta labor detecta las fuentes fundamentales de la confusión lingüística, principalmente el error categorial. A diferencia del anterior texto, aquí Savigny procede casi sin efectuar críticas, lo cual constituye una de las características de toda la obra.

Al final del tercer capítulo trata el autor a J. L. Austin y en especial a su aportación más importante: la teoría lingüístico filosófica del acto lingüístico. Esta teoría pretende ampliar y aclarar una idea básica de la filosofía del lenguaje ordinario, la cuestión del uso de una expresión. Aun estando precisado el significado, con una expresión pueden hacerse cosas muy diferentes —prometer, comunicar, advertir, etc.—. Caracterizar la expresión en el primer sentido es tratarla como "acto locucionario", mientras que al informar lo que se hace con ella se le trata como "acto ilocucionario". A su vez, los actos ilocucionarios deben ser delimitados de los "perlocucionarios", que se realizan cuando la expresión produce

ciertos efectos empíricos en las personas. Por ejemplo: “mañana iré” se entiende y tiene significado, puede, además, ser una amenaza o una promesa y puede, también, despertar expectativas, provocar ciertas medidas, etc. Hechas estas distinciones Savigny continúa exponiendo las tesis principales de Austin siguiendo muy de cerca, aunque con menos extensión, los desarrollos del capítulo III de “Die Philosophie der normalen Sprachen”. Recuerda que el papel ilocucionario depende de convenciones implícitas y que las expresiones que cumplen directamente esta función son llamadas “performativas o realizativas”. Estas expresiones no tienen valor de verdad, pero Austin investigó las reglas según las cuales puede decidirse si los actos ilocucionarios se realizaron o no y clasificó los tipos de fallas cometidos con expresiones explícitamente realizativas.

Una primera aplicación de la teoría de Austin es asignar un papel más modesto a las expresiones cognitivas o descriptivas. Son simplemente actos ilocucionarios sin ninguna diferencia esencial con el resto; están sometidas a las mismas reglas y expuestas a los mismos errores, por ejemplo la falsa aplicación de la convención de comunicar. A su vez, los restantes actos ilocucionarios tienen las propiedades consideradas típicas de las expresiones cognitivas: relaciones lógicas entre sí y justificación fáctica. Otra aplicación se refiere a la investigación de los presupuestos bajo los cuales alguien puede pretender saber. En todas estas tareas advierte correctamente Savigny que en Austin había un mayor interés por la lingüística —cuyos modernos métodos no conoció— que por la filosofía.

La segunda parte del libro confronta las dos formas de trabajo —lenguaje formal y lenguaje ordinario— en relación con tres problemas filosóficos fundamentales. El primero de ellos es la distinción entre juicios analíticos y juicios sintéticos. Este problema es planteado a partir de la distinción entre determinaciones en un lenguaje y determinaciones acerca de este lenguaje. Hecha la diferencia, se exponen en detalle los ataques de Quine respecto a la posibilidad de una distinción clara y firme entre juicios analíticos y juicios sintéticos. Confrontando sus tesis con las de Carnap y Martín se evidencia que si bien estos proporcionan criterios precisos para decidir acerca de la analiticidad de una proposición, no explican el significado de “analítico”, es decir, dan la extensión pero no la intensión del concepto. Para Quine lo que está en juego en esta distinción es la posibilidad de proposiciones inmunes a toda revisión y en su modelo nuestro sistema de convicciones comprende proposiciones empíricas, leyes físicas, leyes lógicas y matemáticas, dadas en un grado creciente de inmunidad, pero

sin que por ello ningún tipo esté exento de revisión. La defensa del dualismo hecha por Grice y Strawson descansa, según Savigny, en un mal entendido de estos. En opinión del autor la contribución más importante a la discusión desencadenada por Quine es el trabajo de Putnam *The analytic and the synthetic*, el cual combina ambas formas de trabajo, ya que Putnam está interesado en cómo se maneja el lenguaje científico (no en cómo se escribe). Anteriormente había escrito Savigny (1969) que Putnam era difícil de clasificar en una u otra tendencia. Los resultados de Putnam son alcanzados tras una aguda argumentación acerca del status de las leyes y definiciones científicas y de las proposiciones matemáticas de una teoría científica. Ellos dan sustancialmente la razón a Quine, pero permiten una comprensión más clara de la relación que existe entre las proposiciones de un lenguaje formal o de un lenguaje natural y las condiciones empíricas en que pueden ser revisables.

El segundo problema expuesto en *Filosofía analítica* es uno de los más antiguos de la filosofía: la discusión ontológica. Los filósofos analíticos se han centrado en dos cuestiones. La primera es como establecer los presupuestos ontológicos de una teoría y ha sido provocada también por Quine. La segunda, relativa a la existencia de los universales, ha sido "alimentada por la acribia con que Goodman combate las clases". En estos temas se han aclarado mucho los alcances de ambos métodos. Después de exponer la tesis de Quine sobre lo que existe, se plantean las críticas hechas tanto por quienes aceptan sus presupuestos lingüísticos-formales —Scheffler, Chomsky, Cartwright y Church—, como por quienes defienden el punto de vista del lenguaje ordinario (en particular Warnock). Los primeros descubren la necesidad de introducir conceptos intensionales para eliminar los defectos de la tesis de Quine. Warnock, en cambio, cree que la empresa de Quine no tiene esperanzas de arreglo, el concepto mismo de presupuesto ontológico o de existencia es totalmente confuso y su significado está determinado por lo que rodea la expresión. En ambas tendencias existe, dice Savigny, una fijación. Por un lado la de que lo que no puede expresarse en la lógica formal, en este caso en la lógica de los cuantificadores, es confuso. Por el otro, la de que lo que no puede explicarse en el lenguaje cotidiano es un sinsentido.

La moderna polémica acerca de los universales surgió también de un problema sobre el sentido. Universales e individuos se explicaban como propiedades y portadores. Con el desarrollo de la teoría de conjuntos, las propiedades se concibieron como clases y los individuos como elementos. Sin embargo, Goodman transformó el

modelo al presentar como individuos a colores, esto es a lo que tradicionalmente se llamaría una propiedad, los cuales tendrían a las cosas coloreadas como partes. En su obra *Structure of appearance* construye un cálculo de individuos que sustituye la lógica de clases. Sin embargo, Hau Wang mostró que era posible interpretar dicho cálculo mediante un sistema axiomático de la lógica de clases, con lo cual las clases no quedan como algo incomprensible, sino sólo como algo que se ha manejado descuidadamente en 'ámbitos infinitos'. Desde el enfoque del lenguaje ordinario, Dummet advierte que el nominalismo de Goodman surge porque supone una determinada concepción de lo que es un nombre propio —que se pueda mostrar su portador— aunque en su opinión el carácter de nombre depende más bien de su función lingüística. Inspirado en Wittgenstein, Bambrough da un diagnóstico de la falla lingüística, común tanto a los platónicos como a los nominalistas. Savigny recoge sus argumentos resumiendo la exposición de su libro anterior (p. 250-258). Si bien un nombre común para varias cosas está justificado cuando éstas tienen una propiedad común, por ejemplo, dice Bambrough, que las sillas sean sillas, el error es buscar otra propiedad diferente a la de ser sillas. El platónico postula entonces universales trascendentes y subsistentes y el nominalista, al no encontrarla, deduce falsamente la arbitrariedad de toda clasificación.

La última cuestión se refiere al fundamento del conocimiento y a la percepción, en la cual se destacan por el lado formalista los sistemas de Carnap y Goodman que intentan mostrar como es posible, a partir de un vocabulario básico referido a datos de la conciencia, definir un vocabulario más amplio con la sola utilización de medios lógicos. Se da cuenta primero del programa de Carnap, señalando después las fallas que él mismo descubriera. Goodman abunda en las críticas e intenta un proceso inverso, en lugar de partir de las cosas concretas para llegar por abstracción a las propiedades, comienza con las propiedades para construir, a partir de sus portadores, a las cosas concretas. En esta tarea se vale del cálculo de individuos —ya explicado antes por Savigny. Un resultado indiscutible de ambos programas lo ve el autor en el desarrollo de la técnica de construcciones formales, pues en lo que se refiere a la viabilidad de la empresa, nos recuerda que los filósofos del lenguaje ordinario han presentado una serie (5) de argumentos contrarios. El libro reproduce cuidadosamente las tesis defensoras de los datos sensoriales y después presenta las reflexiones en contra debidas al trabajo común de muchos filósofos del lenguaje ordinario: Austin, Paul, Quinton, Ryle, Warnock, Wittgenstein, etc. El resultado final de las mismas no está, escribe Savigny,

libre de poder explosivo, ya que al negar los datos de los sentidos y los enunciados sobre objetos privados, se mostraría que la teoría del conocimiento de los últimos tres siglos ha estado formada por problemas autofabricados.

A lo largo de la confrontación Savigny no toma ningún partido, pero de las cuidadosas e imparciales exposiciones de ambas tendencias puede inferirse que se reconoce y aprueba la existencia de ambos métodos y de lo fructífero que resulta no sólo la discusión filosófica dentro de una tendencia, sino la confrontación de dos posiciones siempre y cuando ambas mantengan un patrón de racionalidad y de control intersubjetivo. Esto no quiere decir que exista coincidencia en las conclusiones, pero en el texto hay pruebas suficientes de que no pueden ignorarse las aportaciones de una y otra corriente. El hecho de que el profesor Savigny sea un conocedor de ambas direcciones filosóficas, sin identificarse plenamente con ninguna (véase su análisis de los argumentos en contra del lenguaje ordinario en el capítulo 12 de su *Philosophie der normalen Sprache*), constituye una evidencia de que en la discusión entre dos procedimientos no es conveniente tomar una decisión unilateral. Pudiera ser que el hecho de provenir de Alemania —país llegado tardíamente a una controversia que pareciera polarizarse entre Inglaterra y los Estados Unidos— contribuya a explicar esta neutralidad. Por otra parte el libro revela también que la producción filosófica alemana habrá de tomarse muy en cuenta en los próximos años.

Por todo lo anterior la lectura de esta obra constituye una estu-  
penda introducción, tanto a los grandes filósofos analíticos, como a los problemas mismos, al menos hasta el estado que tenían a la fecha de su publicación en alemán (1970). La traducción del profesor Ernesto Garzón Valdés es muy buena, aun cuando existen algunos errores que parecen imputables a la impresión. Lo único lamentable es la dificultad que existe en México para adquirir los ejemplares de esta editorial, agravada además por lo elevado de su precio.

JAVIER ESQUIVEL